

“Personalmente, no creo que haya ningún infierno más allá de esta vida. En cambio, sí creo que hay una gran variedad de infiernos que las personas crean para sí mismos o para otros.”

Wisława Szymborska



Doménico Ghirlandaio, *La elección de los Doce Apóstoles, guerra*, 1481

PARA LEER...

BERMEJO, J.C., *El Sanador herido*. Sal Terrae, Madrid 2022

Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
–Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org



MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA XXXI JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO (II)



Sin embargo, lo importante aquí es reconocer la condición de soledad, de abandono. Se trata de una atrocidad que puede superarse antes que cualquier otra injusticia, porque, como nos dice la parábola, todo lo que se necesita para eliminarla es un momento de atención, el

movimiento interior de la compasión. Dos transeúntes, considerados religiosos, ven al herido y no se detienen. El tercero, en cambio, un samaritano, objeto de desprecio, sintió compasión y se hizo cargo de aquel forastero en el camino, tratándolo como a un hermano. Obrando de ese modo, sin siquiera pensarlo, cambió las cosas, generó un mundo más fraterno.

Hermanos, hermanas, nunca estamos preparados para la enfermedad. Y, a menudo, ni siquiera para admitir el avance de la edad. Tenemos miedo a la vulnerabilidad y la cultura omnipresente del mercado nos empuja a negarla. No hay lugar para la fragilidad. Y, de este modo, el mal, cuando irrumpe y nos asalta, nos deja aturcidos. Puede suceder, entonces, que los demás nos abandonen, o que nos parezca que debemos abandonarlos, para no ser una carga para ellos. Así comienza la soledad, y nos envenena el sentimiento amargo de una injusticia, por el que incluso el Cielo parece cerrarse.

De hecho, nos cuesta permanecer en paz con Dios, cuando se arruina nuestra relación con los demás y con nosotros mismos. Por eso es tan importante que toda la Iglesia, también en lo que se refiere a la enfermedad, se confronte con el ejemplo evangélico del buen samaritano, para llegar a convertirse en un auténtico “hospital de

campana". Su misión, sobre todo en las circunstancias históricas que atravesamos, se expresa, de hecho, en el ejercicio del cuidado. Todos somos frágiles y vulnerables; todos necesitamos esa atención compasiva, que sabe detenerse, acercarse, curar y levantar. La situación de los enfermos es, por tanto, una llamada que interrumpe la indiferencia y frena el paso de quienes avanzan como si no tuvieran hermanas y hermanos. La Jornada Mundial del Enfermo, en efecto, no sólo invita a la oración y a la cercanía con los que sufren. También tiene como objetivo sensibilizar al pueblo de Dios, a las instituciones sanitarias y a la sociedad civil sobre una nueva forma de avanzar juntos. La profecía de Ezequiel, citada al principio, contiene un juicio muy duro acerca de las prioridades de quienes ejercen el poder económico, cultural y de gobierno sobre el pueblo: «Ustedes se alimentan con la leche, se visten con la lana, sacrifican a las ovejas más gordas, y no apacientan el rebaño. No han fortalecido a la oveja débil, no han curado a la enferma, no han vendado a la herida, no han hecho volver a la descarriada, ni han buscado a la que estaba perdida. Al contrario, las han dominado con rigor y crueldad» (34,3-4). La Palabra de Dios es siempre iluminadora y actual.

Las cargas se acomodan caminando

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase



E	I	L	S	A	E	L	I	L	A	G
N	E	S	Ñ	O	R	R	C	O	R	M
O	I	O	A	E	N	Z	E	A	A	S
L	U	L	V	I	I	D	N	I	A	P
U	U	B	I	B	A	D	L	I	N	T
B	C	E	A	L	E	S	E	L	I	O
A	I	U	G	J	A	I	E	E	N	D
Z	O	P	E	A	C	T	R	U	A	T
R	O	S	J	O	V	R	F	E	N	E
S	U	P	E	S	A	C	A	E	D	O
S	R	E	T	E	R	A	Z	A	N	S

Frase Anterior: Juan no anima a todos nosotros a seguir al Cordero de Dios que nos salva.

EVANGELIO (Mt 4,12-23)

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló». Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos». Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron. Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.

La tradición cristiana es unánime al reconocer que el seguimiento de Cristo constituye el centro del mensaje evangélico. En el Evangelio, la llamada que Jesús dirige a los hombres y a las mujeres es muy contundente. Es muy importante darse cuenta de que la llamada al seguimiento no se da en un lugar o en un espacio «sagrados», sino en medio de la vida cotidiana. Quien sigue a alguien se identifica con él, con su ideario, con todo aquello que, positivamente o negativamente, esa persona provoca en su entorno. Por lo tanto, en el seguimiento de Jesús no se trata de la adhesión a su mundo intelectual ni tampoco de la aceptación de sus tradiciones religioso-culturales ni mucho menos todavía de la afirmación de una especie de comunidad racial, cultural o social con Él. El seguimiento de Cristo como identificación del creyente con Él comporta la aceptación de un *destino* que aquí y ahora será tan *incierto* y *peligroso* como lo fue el del Maestro, porque el seguidor *en su propio tiempo* y *en su propio lugar* no es sino *otro* Cristo. Seguir a Cristo significa en el aquí y en el ahora del cristiano ser otro Cristo. Quien se disponga al seguimiento no es un «imitador». No, el seguidor del Maestro de Nazaret se mantiene en comunión con Él por el hecho de que Jesús *en su tiempo* y el cristiano *también su tiempo* comparten, para emplear una expresión de san Pablo, *los mismos sentimientos*. No existe ningún tiempo que cristianamente sea normativo y modélico para el momento presente. Hoy la invitación es la misma: ¡Sígueme! ¡Sígueme!